



Entrevista al profesor Alexis Pestano

CUBA: el sueño de lo posible

Por LENIER GONZÁLEZ MEDEROS

La Encarnación del Verbo, descrita con belleza inigualable por el Apóstol san Juan en los umbrales de su Evangelio, es un acontecimiento de implicaciones cósmicas. Dios nace, entra en la Historia (en nuestra historia) para llevarla de vuelta a su origen, que es a la vez su destino último. El Todo se hace parte, para que la Parte sea Todo, lo Infinito se hace finito, y destruye así la finitud. Es el misterio de la *kenosis*, de la humildad redentora en el Amor. Desde hace 2 mil años este acto de omnipotencia ha subvertido todo el orden temporal: el género humano ha quedado fecundado, para siempre, por un cataclismo de Amor.

Cuando un intelectual vive y entiende el mundo desde las coordenadas de esta misteriosa Verdad -en medio del torbellino secularizador que cada día desacraliza la cultura Occidental- casi siempre corre el riesgo de sufrir la incompreensión, y queda convertido en un *rara avis* en vías de extinción. En Cuba, desde hace siglos, no han faltado los hombres y mujeres que han asumido su quehacer intelectual desde una sensibilidad de raíz cristiana.

Alexis Pestano Fernández es uno de ellos. Este joven historiador y profesor aceptó el riesgo de dialogar sobre nuestra realidad nacional desde las profundidades de la fe católica. Además de la valentía, lo que más le agradezco es su esperanza radical.

- **A quienes hemos tenido la posibilidad de seguir de cerca tus escritos nos llama poderosamente la atención esa manera algo singular que tienes de ver la Historia. Algunos de tus textos poseen claves que me recuerdan la obra de algunos escritores origenistas, salvando las distancias, por supuesto. En el ocaso de la Modernidad, ¿qué implicaciones tiene para un joven cubano ser un historiador católico?**

- Al contrario de lo que muchas veces se piensa, la Modernidad no significó en Occidente un cambio esencial en la manera de comprender la Historia que había perfilado la civilización sustentada en la unidad del mundo en base a la fe cristiana. La ruptura de esta unidad, la desacralización de la sociedad y el fin del sistema sociopolítico e ideológico de la Cristiandad, no representó la pérdida de la idea de la redención en el pensamiento occidental. Ésta encontró una nueva expresión a través de dos vías fundamentales.

En primer lugar, la Modernidad presenció un proceso realmente interesante de mutación del concepto judeocristiano de la redención y del Reino de Dios en una concepción de progreso social. Al tiempo que se mantenía la concepción lineal de la Historia, el referente religioso era sustituido por la capacidad humana para el desarrollo, Dios reemplazado por la Razón, la Providencia por la ciencia y la tecnología, elemen-

tos que constituyeron la esencia del movimiento cultural del siglo XVIII conocido como Ilustración. La concepción judeocristiana de la redención, según se ha indicado anteriormente, implicaba la realización del Reino de Dios entendido como justicia y fraternidad universales, al producirse la metamorfosis de Dios en el hombre como agente del desarrollo, estos valores permanecieron, pero ahora secularizados, como derechos naturales e innatos de la persona humana. Comenzaba a desarrollarse el **liberalismo**.

No obstante, pronto se pudo comprobar una importante tensión entre la forma individualizada en que estos valores se habían manifestado, propia de los intereses de la clase burguesa en fortalecimiento, y los amplios reclamos de justicia colectiva de los vastos sectores excluidos. Esta situación condujo a la aparición de la ideología socialista, que mientras arremetía en profunda crítica contra los valores religiosos por el uso paralizante que de ellos hacían las fuerzas de opresión, se constituía en la expresión más radical de los principios del cristianismo en cuanto a preocupación por la justicia social. Lo que Cristo proponía como resultado de un cambio moral en la persona humana, basado en el amor, la ideología comunista, especialmente la marxista, lo proyectaba a través de un cambio de manera violenta y revolucionaria en las estructuras so-



ciales opresivas. El **socialismo** predicaba un futuro sin clases, sin opresión, pretendía realizar el Reino de Dios en la tierra, aspiraba a una redención intrahistórica.

La Modernidad se escindió así entre dos proyectos opuestos, pero cercanos en lo más profundo de su esencia: en ambos se afirmaba un sentido en la Historia. Ésta era el despliegue de la posibilidad de materializar las innume-

ción material, implicaron una profunda revisión de las bases conceptuales e ideológicas de Occidente. En efecto, el sueño de la *belle époque*, el dominio de la razón civilizatoria, llegaba a un trágico final. En una extraña paradoja, la luminosa senda iniciada por la Ilustración había conducido al oscuro callejón sin salida del irracionalismo. El liberalismo agonizaba en sus propios límites y la cultura occidental se fragmentaba, se extinguía. La pérdida y el rechazo consciente de sentido en el arte mostraron esta situación con toda claridad: los conceptos dejaban de ser el centro, es

todo. Era el momento del triunfo del ideal socialista, que ofrecía una salida, un nuevo camino. En él encontraron cauce las perennes aspiraciones de búsqueda de sentido y de proyección del futuro. Sin embargo, bien pronto la contradicción entre la armonía prometida y su negación en una realidad de sufrimiento y dolor, el descubrimiento de que no se podía anular la libertad -y ésta podía implicar también una opción por el mal-, la imposibilidad, en última instancia, de redimir la Historia en la Historia; traería otra profunda desilusión.

Así, de una u otra forma, Occidente había soñado con la esperanza y la felicidad, y había despertado con el profundo malestar de su ausencia. La Historia había perdido todo destino, toda finalidad, y por tanto su propio ser. El ocaso de la Modernidad era, por tanto, también el ocaso de la Historia. La posmodernidad comenzaba sin paradigmas, sin metarrelatos, sin grandes proyectos, marcada por la inmediatez y un pensamiento débil por propia elección.

Cuba, por supuesto, no ha estado ajena a esta evolución, aunque si bien con sus peculiaridades. La búsqueda de un destino nacional, de un sentido histórico insular, ha sido siempre una preocupación de nuestras minorías intelectuales. El siglo XIX estuvo signado por proyectos alternativos de nación cubana, diferentes en métodos y caminos, pero unidos todos en la convicción de la posibilidad de existencia de lo cubano. Es curioso cómo la historia nacional ha estado movida por aspiraciones latentes, presentes pero nunca plenamente realizadas, como si se nos recordara continuamente un destino a alcanzar, aún no alcanzado.

Esa permanente inconformidad con el presente y la por momentos fanática confianza en el futuro encontró su mayor expresión con el triunfo de la Revolución en 1959. Este momento resumía y capitalizaba en sí toda la esperanza oculta o postergada en la historia que ahora se potenciaba y encontraba al fin su realización. Era el renacer de Cuba, un relanzamiento de su razón existencial. La Isla encontraba su sentido, que no era precisamente insular,

He llegado a pensar que este medio siglo no ha sido sino una gran introducción en el plan de Dios para nuestra Nación, para alcanzar nuestros más arraigados y perennes sueños de equilibrio entre lo uno y lo múltiple, entre lo individual y lo colectivo, entre la parte y el todo. Conocemos ahora el daño que ha causado una sociedad dominada por los extremos y estamos en condiciones de apreciar el valor de intentar integrarlos.

rables potencialidades humanas para alcanzar su propia felicidad. La **beata vita**, utópico anhelo del pensamiento occidental desde la antigüedad, era ahora realizable cuando por fin reinaba la razón. No extraña entonces que se intentara verificar sus presupuestos y la dramática constatación del fracaso de tales experimentos ha marcado la época contemporánea.

Las guerras mundiales en la primera mitad del siglo XX, además de su impacto en vidas humanas y destruc-

más, se negó la posibilidad misma de ningún centro.

Por otra parte, una alternativa parecía surgir de las ruinas del viejo mundo, al ofrecer comprender dónde había estado la base de sus profundos errores. El individualismo en su pretensión de aislar los componentes del organismo social necesariamente había dado lugar a su muerte. La salvación sólo podía venir de recuperar el sentido comunitario de la vida humana, de la inserción y sacrificio ineludible de la parte en el

sino de dimensiones universales, lo que sería potenciado cuando con posterioridad se insertó el destino nacional en el paradigma teleológico marxista. La Revolución fue entonces la concreción más evidente de nuestra Modernidad, nuestros sueños ancestrales de felicidad parecían ser realidad. La historia de Cuba sólo podría ser en lo adelante un presente continuo.

Lamentablemente, el sueño no era la realidad, y ésta no tardaría en mostrarse insuficiente ante tan elevadas aspiraciones. El hombre nuevo parecía estar mucho más condicionado por las viejas costumbres superadas que lo que se había pensado. La redención anhelada se hacía esquiva. Junto a esto, el derrumbe del campo socialista eurosoviético aportó una nueva incertidumbre sobre la historia y esta a su vez removió bruscamente las certezas anteriores, que sin fundamentos no parecían seguras. Con rapidez se intentaron erigir nuevos cimientos, pero el desencanto de las propias posibilidades era demasiado profundo. Nuestra posmodernidad, reforzada por un renovado discurso, legitimador y oficial, basado en un nacionalismo para muchos extemporáneo, se abría paso de un modo casi indetectable.

Así llegamos a la situación actual. En la hora presente, de decepciones y desesperanza, sin claras proyecciones, cuando las nuevas generaciones están cada vez más condicionadas por la obsesión de la inmediatez tecnológica, cuando muchos jóvenes se adscriben incondicionalmente a esotéricos grupos en la búsqueda casi desesperada de una identidad perdida, cuando el presente es tan urgente que se olvida el pasado y el futuro está demasiado lejos, cuando la única aspiración para muchos es abandonar el país o vivir en él con una ciudadanía extranjera; en fin, si Cuba deja de tener sentido, ¿qué puede significar ser un joven historiador católico en esta realidad?

El cristianismo es la religión de la Historia. La fe cristiana predica a un

En la misma medida en que la praxis política cubana se ha manifestado fragmentada y desgarrada, y en ocasiones intolerante y excluyente, también lo ha hecho la historiografía generada en esta época. Tal empleo de la historia no puede ser legítimo en tanto no lo es su origen.

Dios escandaloso para la actitud religiosa natural, que ve siempre en la divinidad lo totalmente Otro, y no porque no lo crea así, sino porque esa absoluta Alteridad en un acto de omnipotencia suprema ha decidido entrar en la Historia, en nuestra historia, y hacerse uno de nosotros. En la Encarnación, lo Infinito se ha hecho finito, se ha abajado y lo Impasible ha sufrido nuestra Pasión. La Historia ha sido marcada, pues, por una incomprensible locura de amor, ha sido redimida. Pero, ¿cómo hablar de redención en medio de tanto sufrimiento y dolor?, ¿cómo hablar de luz cuando todo parece oscuridad? Precisamente en el hecho de que podamos formular estas preguntas está la respuesta. Podemos identificar el sufrimiento, el dolor y la oscuridad porque de alguna extraña manera sabemos que no son la realidad última, el mal no nos deja conformes, sencillamente no nos acostumbramos a él aunque nos haya acompañado siempre. Es que en los más profundos abismos de desesperación surgen manifestaciones increíbles de servicio y heroísmo anónimos. Si creemos en la redención, entonces somos irrenunciablemente optimistas. Sabemos que pese a todo, la Historia sí tiene sentido, que es el camino de la humanidad de Dios hacia Dios, del Bien hacia el Bien, de la Verdad a la Verdad. Un historiador católico debe encontrar en la historia el despliegue de la voluntad amorosa de Dios que nos

quiere mejores, pero siempre libres, hasta para no querer serlo.

La historia de Cuba no es una excepción. Más allá de la presencia visible de edificaciones religiosas y de expresiones en mayor o menor medida arraigadas en el habla cotidiana, la impronta católica en nuestra cultura se encuentra en esa búsqueda constante de un sentido último de nuestra historia, en esa obstinada convicción en una finalidad superior. Este núcleo de aspiraciones profundas del alma nacional ha sido marcado de manera indeleble por la esperanza cristiana, aunque esta relación haya sido progresivamente olvidada en el largo proceso de secularización de la sociedad iniciado en los comienzos de la Modernidad insular. Pienso que el sentimiento de extrañeza que generó en su momento y que sigue generando hoy el grupo *Orígenes* se debió a que, en su muy peculiar estilo, intentó sistematizar en términos culturales el vínculo entre fe cristiana y destino nacional. Un historiador católico en la Cuba de hoy debe precisamente intentar redescubrir esa unión perdida y arriesgarse a proponerla. A esto ayuda ser joven. Mi generación, aún marcada por la indiferencia por lo trascendente y muy secularizada, tras la laicización oficial del Estado no tiene al menos que enfrentar ya en forma directa un rechazo estructural a la opción de fe. Es de hecho una mirada de fe de su realidad lo imprescindible,

lo único necesario.

En las actuales circunstancias, el historiador católico debe aferrarse como un acto de fe a la convicción de que Cuba es posible, de que las ideologías, la exclusión, la intolerancia, pueden ceder paso a una verdadera armonía nacional que realice nuestros anhelos. Sobre todo, necesita una mirada reconciliada del pasado, con sus luces y sombras, con sus insuficiencias y realizaciones, que le permita aportar a la construcción de una realidad nueva y mejor. Saber que en Dios está nuestra fuerza y asumir el riesgo de ofrecer la posibilidad de revitalizar la esperanza en Cuba, éste sería el aporte de una mirada católica a la historia nacional.

- **Diversos actores políticos en Cuba y en el exilio han optado por esgrimir la historia nacional como arma de combate en la actual coyuntura nacional. A grandes rasgos, y simplificando bastante la realidad, se perciben dos tendencias: por un lado, cierta historiografía hecha en la Isla que tiende a aproximarse a nuestra historia desde una perspectiva teleológica; y por otra, tenemos la obra de varios historiadores exiliados que se sirven de un instrumental teórico postmoderno (derridiano) para desarticular el meta-relato revolucionario al revisar el siglo XIX cubano. ¿Resulta legítima esa instrumentalización del quehacer del historiador en aras de un fin político?**

- Pienso que el problema no está realmente en el uso de la reflexión histórica como instrumento en el análisis y la proyección política, sino en los fines que se buscan al hacerlo. La dificultad no es de índole metodológica, sino de interpretación de los resultados.

Me parece oportuno distinguir entre la función de un instrumento y su **instrumentalización**. En primer lugar, habría que señalar la neutralidad de todo instrumento. Una herramienta es siempre un medio, no un fin en sí misma; un elemento en el mecanismo de acción,

no la acción en sí. Por esta razón, la responsabilidad en el juicio ético y su legitimidad no recaen en el instrumento sino en el origen y el propósito de la acción en la cual intervienen. Ahora bien, si se parte de desconocer **a priori** la neutralidad instrumental, si se niega su autonomía, entonces no existe la disposición ni la capacidad para una sana comprensión de los datos aportados por el instrumento, y se incrementa notablemente su margen de error intrínseco. No se busca en este caso interpretar la realidad, sino condicionarla, recrearla: el instrumento se ha **instrumentalizado**.

Con la historia como rama del saber -la intención de interpretar la Historia, el accionar humano en tiempo- sucede otro tanto. Es ciertamente legítimo mirar el pasado en función del presente y del futuro, razón para la necesidad de los estudios históricos. Sólo es posible entender lo que somos y adónde hemos llegado si comprendemos lo que hemos sido y de dónde hemos venido, y así poder crear cimientos sólidos para avanzar hacia lo que queremos ser y hacia dónde queremos ir. Por tanto, no solamente es lícito recurrir a la historia, sino también necesario. Otra cosa es que al historiador no le interese o no tenga la libertad suficiente para acercarse a la historia con la voluntad de respetar su autonomía, aún con sus propias percepciones y juicios inevitables. En ese momento, el historiador anula su propia razón de ser al instrumentalizar su quehacer y, en consecuencia, instrumentalizarse a sí mismo.

Lamentablemente, esa ha sido una deficiencia de una buena parte de la historiografía cubana tras 1959, que de forma muy general se puede clasificar en los polos mencionados en la pregunta. Como la mayoría de los extremos, también aquí se unen precisamente en aquello que los diferencia: **la existencia de una alternativa histórica**. Muchas de las interpretaciones en ambas tendencias tienden a desautorizar la posibilidad opuesta a la que sustentan, cuando el propio hecho de la presencia de diferentes historiografías es la comprobación más evidente de que existen esas otras posibilidades. No hubiera

sido posible desarrollar una historiografía nacionalista teleológica, marxista, o liberal si no hubieran existido en nuestra historia las correspondientes opciones y proyectos ideológicos y políticos, caracterizados por la exclusión recíproca. De esta manera entramos en el centro de la cuestión: **la instrumentalización del quehacer historiográfico ha sido una consecuencia de lo instrumentalizado que ha estado el accionar histórico dominante en Cuba y en la emigración**. En la misma medida en que la praxis política cubana se ha manifestado fragmentada y desgarrada, y en ocasiones intolerante y excluyente, también lo ha hecho la historiografía generada en esta época. Tal empleo de la historia no puede ser legítimo en tanto no lo es su origen.

Esto se aprecia con toda claridad en los tópicos que más han atraído la atención de nuestros estudios históricos: la impronta de José Martí en la historia nacional y la discusión sobre los fines y métodos del autonomismo como proyecto político para Cuba, así como la propia relación entre ambos.

El radicalismo nacional cubano se ha acercado al pensamiento martiano de manera tan ideologizada que, en términos generales, ha obviado la imprescindible contextualización de Martí en las circunstancias históricas concretas en las que vivió y actuó. Pareciera a veces que al escribir de Martí no se ha tenido en cuenta su obvia humanidad, con sus indudables aportes, pero con sus inevitables errores, o que más bien se ha sublimado ésta en una condición superior, atemporal, ahistórica. Esto explica que el **Apóstol**, portador de la verdad sobre Cuba, sea punto de referencia y legitimación para todo el espectro del nacionalismo cubano. Por otra parte, si bien la ideología nacionalista ha historiado, pero no historizado, a Martí, no menos ha hecho la historiografía que pudiéramos llamar posnacionalista, producida fundamentalmente fuera de la Isla y movida por la intención de desmontar el capital simbólico sobre el que descansa la Revolución. Martí, entendido por estos autores como instrumento clave del discurso oficial por su prédica inflexible contra los opositores de su proyecto

revolucionario de 1895, por su concepción de la inevitabilidad de la guerra o su grandilocuente visión del destino y misión de Cuba, resulta blanco principal del proyecto de reconstrucción del siglo XIX cubano. Para ellos Martí y su mesianismo insular, su Cuba inventada, son sólo un mito que debe desaparecer. El carácter en extremo polarizado de esta discusión ha dejado poco espacio para el análisis detallado y objetivo de la obra martiana, mínimo ético para un acercamiento serio y útil a una problemática que la propia controversia demuestra ser importante. Sin dudas, el historiador puede identificar elementos defendibles y discutibles en ambas posiciones, si tiene el propósito de estructurar, en la medida de lo posible, una imagen equilibrada de Martí, de su significación real para la historia nacional y de su legado para la contemporaneidad, si la ideología no lo incapacita.

La polémica en torno al autonomismo como proyección de lo cubano ha seguido, en cierta forma, los mismos derroteros. Como he expresado en un artículo reciente sobre el tema, en los últimos años la historiografía cubana y sobre Cuba se ha interesado por explicar el contradictorio y raro proyecto de inclusión y gradualidad en medio de una historia de radicalismos intempestivos. Dentro de Cuba, con mayores o menores matices, continúa la valoración negativa del autonomismo, que es visto

como uno de los principales obstáculos que tuvo el ideal independentista. Incluso se ha considerado al autonomismo como una actitud de cierta manera recurrente a lo largo de la historia nacional, presente aún en la actualidad y caracterizada por el escepticismo ante nuestras posibilidades propias para el desarrollo socioeconómico o político. Fuera de Cuba, una amplia literatura ha intentado reivindicar el autonomismo y ha buscado precisar sus principales ideas y realizaciones. Sin embargo, la pretensión de diluir la fuente de legitimidad aportada por el nacionalismo intransigente a la realidad política cubana tras 1959, objetivo último de muchos de estos estudios, ha instrumentalizado en cierta manera la reflexión sobre el autonomismo. De hecho, el autonomismo ha sido un elemento importante en la construcción de una historia alternativa de la nación cubana, en sí algo válido, pero que no logra apreciar los elementos que en dicha concepción ideológico-política permiten salir de la lógica confrontacional que se pretende superar.

Ambos ejemplos son claras manifestaciones de la utilización injustificada de la historia para consolidar las fisuras creadas en el tejido nacional y no para contribuir a su sanación. No obstante, la historiografía cubana no tiene que ser necesariamente excluyente o contradictoria, como no lo tiene que ser tampoco la acción política insular. Es posible encontrar en nuestra historia momentos de integración, de consenso nacional, de posibilidad reconciliatoria, en los que pareció haberse logrado una

comunidad de intereses en pro de fines trascendentes. La generación de los que pensaron a Cuba en las primeras décadas del siglo XIX, la similitud en los presupuestos ideológicos básicos entre los proyectos políticos de ese mismo siglo, el proceso constituyente y la Constitución de 1940 y el propio año 1959, son ejemplos de la posibilidad de expresión de una política inclusiva que ha sido truncada sucesivamente por una recurrente falta de capacidad para aceptar que las diferencias enriquecen y no debilitan. La unidad de Cuba puede ser una unidad de fines esenciales, de esperanzas comunes, de pertenencia colectiva, no tiene que ser forzosamente una imperiosa unidad de métodos y estrategias. Nuestra reflexión histórica puede ser una ayuda insustituible en comprender nuestro común origen y que nadie es imprescindible ni nadie sobra en la consolidación de la cubanidad. La historia puede ser un instrumento legítimo en la búsqueda de la reconciliación nacional que sólo puede empezar por una reconciliación de la memoria histórica, en la que podamos mirar nuestro pasado con una visión crítica, pero esperanzadora, y sepamos discernir en él lo que de bueno y útil nos puede aportar en interminable camino hacia el bienestar y la prosperidad de la nación, que siempre será el bienestar y la prosperidad de cada uno de sus integrantes.

Si con su trabajo el historiador ayuda a superar las divisiones fratricidas que por motivos ideológicos han quebrado nuestra sociedad, entonces habrá logrado usar de manera legítima las herramientas con que cuenta; de lo contrario, simplemente habría renunciado a emplearlas.

- Hace poco el cardenal Jaime Ortega llamaba la atención –durante un evento en el Seminario San Carlos y San Ambrosio– sobre la necesidad de que las nuevas generaciones “resitúen de forma conveniente la historia” para proyectar un futuro nacional equilibrado. ¿Qué crees de esta propuesta? De cara al futuro, ¿qué lecciones debemos sacar de nuestra historia, sobre todo en estos 50 años

La historia no vive de absolutos y necesitamos encontrar en ella a la persona concreta, con sus necesidades y anhelos, con sus equivocaciones y aciertos, urge ver la humanidad detrás de la ideología, se impone perdonarnos nuestra historia, sin idealizar el pasado ni el futuro.

de Revolución?

- Sin dudas, es indispensable resituarse la historia de Cuba, volver a ubicarla, colocar en su lugar los pedazos en que ha sido fragmentada. En mi opinión, la tarea central de la reflexión histórica en la hora presente consiste en mostrar la posibilidad de vertebrar un concepto único de nación cubana que integre los diferentes proyectos sobre lo cubano. Tal posibilidad sólo es demostrable cuando se comprende la heterogeneidad de nuestra historia, la existencia de distintas Cubas que pugnarán entre sí porque no encontraron la vía ni la voluntad para dialogar. Conocer que pudo haber consenso en la diferencia y que ahora se nos presenta una oportunidad única para no repetir viejos errores. Esa sería la lección principal de nuestra historia y como se contribuiría mejor al presente y al futuro de Cuba.

A 50 años de la Revolución, ¿cómo entender este proceso histórico en las claves de lo anteriormente mencionado? ¿Qué signos podemos discernir en este extenso período de nuestra historia?

Pienso que el primer paso es algo muy simple y muy complejo al mismo tiempo: **la Revolución es parte de nuestra historia, de la experiencia común de la nación cubana.** Con independencia del lugar en que nos ubiquemos frente a este proceso, dentro o fuera, cerca o lejos; a pesar de la lícita evaluación que podemos y debemos realizar de sus presupuestos y realizaciones en base a nuestras expectativas y concepciones; más allá de su expresión histórica concreta, en 1959 comenzó una nueva etapa de la historia de Cuba y sus profundas huellas no pueden ser ignoradas. La marcha de la Historia es un proceso irreversible, y se nos escaparía la realidad si intentáramos volver a 1958 como si estos 50 años no hubiesen existido.

Por otra parte, ¿sería justo invisibilizar medio siglo de nuestra historia? Aquí entra otro de los elementos de una importancia fundamental: la Revolución ha sido un proceso histórico de tanta

complejidad que las visiones maniqueas impiden su explicación. Ningún acontecimiento en la historia se debe al mero azar o a la voluntad obstinada y calculadora de sus impulsores, tampoco la Revolución. Sus fundamentos ideológicos principales hunden sus raíces en el siglo XIX, se desplegaron a lo largo de la República y fueron finalmente capitalizados en 1959. El nacionalismo radical e impaciente, las aspiraciones de justicia e igualdad de oportunidades, la convicción de la existencia de un *telos* nacional, atraviesan nuestra historia en una suerte de constante inconformidad con el presente y una extraña fascinación con el mañana, todo unido al mismo tiempo en el nunca preciso concepto de Revolución. En enero de 1959 el eterno sueño parecía por fin hacerse realidad, y Cuba vio entonces uno de los momentos más impresionantes de consenso colectivo. Esto fue así porque los años anteriores no habían sido el paraíso que a veces se quiere presentar, o al me-

¿Era justo despojar a unos para servir a otros? Ciertamente no, pero no se puede olvidar que también esos otros reclamaban y merecían su oportunidad, algunos con una desgarradora urgencia como los analfabetos, los desempleados, los enfermos mentales, los discapacitados, los pobladores de zonas rurales intrincadas, por sólo mencionar algunos ejemplos en los que la Revolución representó el despertar a una dignidad que indudablemente les correspondía, pero que a pocos importaba. ¿Podemos ser insensibles a aquellos sufrimientos y borrar de un plumazo la luz que a partir de 1959 iluminó tantos rostros en Cuba? ¿El orgullo nos ciega tanto que no nos permite agradecer el bien recibido por nuestros hermanos y alegrarnos por ello? La historia no vive de absolutos y necesitamos encontrar en ella a la persona concreta, con sus necesidades y anhelos, con sus equivocaciones y aciertos, urge ver la humanidad detrás de la ideología, **se impone perdonar-**

En las actuales circunstancias, el historiador católico debe aferrarse como un acto de fe a la convicción de que Cuba es posible, de que las ideologías, la exclusión, la intolerancia, pueden ceder paso a una verdadera armonía nacional que realice nuestros anhelos.

nos no para todos. La sociedad cubana conoció una profunda transformación y para muchos surgió una oportunidad de ser y existir a la que con anterioridad ni siquiera podían aspirar, en la que, para otros tantos, apareció por primera vez la cultura, la educación, la salud. Pero al mismo tiempo se han cometido muchos errores, se han destruido muchos valores, se ha sobre-exaltado la ideología y han ocurrido dolorosas exclusiones, incluso discriminaciones...

nos nuestra historia, sin idealizar el pasado ni el futuro.

- Te he escuchado decir varias veces que el concepto de Revolución ha iniciado un lento proceso de **desideologización**, y que este ha comenzado a llenarse de un contenido ético. **“Revolución es sentido del momento histórico..., es defender valores en los que se cree al precio de cualquier sacrificio..., es no mentir jamás ni**

violar principios éticos..., es luchar por nuestros sueños de justicia para Cuba...”, etc. Se trata a todas luces de un cambio paradigmático en el plano de las ideas, ¿qué repercusiones pudiera tener este proceso en el plano de la praxis política nacional en un futuro no muy lejano?

- Es justamente este proceso de desideologización del concepto de Revolución el punto de partida en la forja de un nuevo consenso nacional. Por su importancia, me parece apropiado señalar las que a mi juicio son sus líneas principales.

La crisis del socialismo en Europa del Este y la URSS no sólo tuvo para Cuba implicaciones socioeconómicas. La pérdida del referente identitario supranacional aportado por la concepción marxista del internacionalismo proletario, tuvo su expresión interna en un reajuste del capital simbólico de la Revolución Cubana. La consideración de que la misión y los objetivos de la clase obrera trascendían las fronteras nacionales, ya que el móvil de la historia lo constituía la lucha de clases, así como las pretensiones globalizantes de la teoría marxista de la revolución social, conducían a una subordinación de lo nacional a intereses superiores. La desaparición abrupta del proyecto socialista mundial y la consiguiente ruptura con tales intereses superiores llevó a un proceso de introspección en el ideal revolucionario cubano con una profundización en la herencia histórica como principal elemento legitimador de la Revolución. La obtención del poder revolucionario en 1959 se entendía ahora, como ya se ha visto, como la consecución de un anhelo latente a lo largo del devenir histórico cubano, como el cumplimiento de un destino inexorable, teleológico. Las manifestaciones de este proceso fueron múltiples y una de las principales estuvo en el intento oficial de reconciliación con el pasado, especialmente con el que había sido largamente proscrito.

El proyecto revolucionario iniciaba con el llamado Período Especial una

profunda rectificación de su lugar en la historia nacional. Esta amplia revisión desde sus vértices económico, social y político-ideológico, que en el presente se encuentra en una etapa decisiva, ha constituido el principal momento de reajustes y redefiniciones, donde se ha intentado distinguir lo realmente autóctono, lo propio, lo que está en relación con la tradición cívica, social y política cubana, de lo importado de experien-

La búsqueda de un sentido histórico insular, ha sido siempre una preocupación de nuestras minorías intelectuales... Es curioso cómo la historia nacional ha estado movida por aspiraciones latentes, presentes pero nunca plenamente realizadas, como si se nos recordara continuamente un destino a alcanzar, aún no alcanzado.

cias ajenas y desacertadas.

Indudablemente, el primer paso aportado por este reajuste conceptual es muy significativo, al ampliar de manera importante, al menos en el plano conceptual, las posibilidades de inclusión y de participación del conjunto de la sociedad cubana. El reto está entonces en la implementación, en términos de praxis política, de lo alcanzado en dicha transformación conceptual. Para esto, sin dudas la historia podrá contribuir en gran manera, aunque ya no será una tarea específica de los historiadores.

En cualquier caso, necesitamos esperanza y desde una visión cristiana de la Historia esa es la única y fundamental opción. El cristiano reconoce que Dios nunca nos abandona, aún en las más difíciles de las circunstancias, sabe que toda la Historia está en Sus manos, y por eso no reniega de ella. Así, los últimos cincuenta años en nuestro país no han sido una aberración del tiempo ni un capricho cruel de un inexorable destino. Como cristiano, no creo que estemos atados a las fuerzas ciegas del azar ni a la voluntad mezquina del poder. Toda la Historia tiene sentido, y la nuestra también. He llegado a pensar que este medio siglo no ha sido sino una gran introducción en el plan de Dios para nuestra Nación, para alcanzar nuestros más arraigados y perennes sueños de equilibrio entre lo uno y lo múltiple, entre lo individual y lo colectivo, entre la parte y el todo. Conocemos ahora el daño que ha causado una sociedad dominada por los extremos y estamos en condiciones de apreciar el valor de intentar integrarlos. Tenemos claro que todos somos importantes en la medida en que cada uno de nosotros lo es. Si damos el siguiente paso y nos atrevemos y comprometemos en hacer de todo esto una realidad, y si lo hacemos bajo el nombre de una Revolución que ya no será de una clase, de un grupo, ni de una ideología, sino verdaderamente un cambio radical en nuestra historia de exclusiones y egoísmos, entonces habremos alcanzado una sociedad más justa y solidaria.

